

mente lo que ocurría, creyó que había llegado el momento de dar el golpe decisivo.

Mandó construir bergantines con madera que tenía preparada en Tepeaca, envió á Veracruz por velas, jarcias clavazon y otras cosas necesarias á su objeto, y cuando la construcción de las naves estuvo terminada, llamando á sus capitanes, pronunció en su presencia una de las más inspiradas alocuciones.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nuestros lectores nos agradecerán seguramente que la trascribamos en el capítulo siguiente.

Así como así trazamos la figura del héroe, y sus palabras son su alma.

Capítulo LXXXVIII.

Dichos y hechos.

«Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos,—dijo,—por veros sanos de vuestras heridas y libres de toda dolencia.

»Pláceme mucho que esteis ganosos de volver hácia Méjico para vengar la muerte de nuestros compañeros y recobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios hareis en breve tiempo, por tener á nuestro favor á Tlascala y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, por la fé cristiana, que vamos á publicar y difundir.

»Los de Tlascala y los otros que nos han seguido siempre, están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros.

»Bien es verdad que en ello les vá, no sólo la honra, sino la libertad, y acaso la vida.

»Si no venciésemos, quedarían ellos perdidos y esclavos.

»Los de Culúa les quieren peor que á nosotros, porque nos han acogido en sus dominios.

»Debemos conservar la buena amistad con nuestros aliados, porque además de su eficaz apoyo, tal vez lograremos atraer á los de otras tribus.

»Ponen á nuestra disposicion cien mil hombres y gran número de tamenes, que conducirán la artillería, víveres y cuanto sea necesario.

»De vosotros nada tengo que decir. Los que han peleado con doscientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias con ménos elementos de los que ahora contamos, no han de retroceder ante el peligro.»

Grandes muestras de aprobacion interrumpian de cuando en cuando al caudillo.

Este prosiguió:

»Los enemigos á quienes tenemos que combatir no son más ni mejores que hasta aquí, segun lo mostraron en Tepeaca, Guacachula, Izucan y Xalacincó, aunque tienen otro señor y capitan; el cual, por más que ha hecho no ha podido quitarnos la parte y pueblos de esta tierra que le tenemos; antes allá, en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuechtlan.

»Y mal contada nos seria la muerte de Motezuma, si Guatimozin quedase con el reino.

»Poco habriamos conseguido si no conquistáramos á Méjico.

»Nuestras victorias serian tristes, si no vengáramos á nuestros compañeros y amigos.

»El objeto principal al venir á estas tierras es ensalzar y predicar la fé de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho.

»Hemos destruido ídolos, hemos estorbado que continúen los sacrificios humanos.

»A los pocos dias de poner la planta en estas tierras, empezamos á convertir indios á nuestra religion.

»No es razon que abandonemos tanto bien, sino que vayamos adonde llama la fé y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo.

»Si bien os acordais, los de aquella ciudad, no contentos con matar infinidad de hombres, mujeres y niños en aras de sus falsos dioses, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan.

»¿Qué mayor ni mejor premio desearia nadie acá en el suelo, que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fé, publicando el Santo Evangelio?

»Y puesto que el momento se aproxima, sirvamos á Dios, honremos nuestra nacion, engrandezcamos á

nuestro monarca, y enriquezcámonos nosotros, que todo puede esperarse de la gran empresa que vamos á acometer.

»Mañana, Dios mediante; comenzaremos.»

Una exclamacion de entusiasmo contestó á las palabras del ilustre caudillo.

—¡Viva Hernan Cortés!—gritaron todos.

—Viniendo vos al frente del ejército, nada tememos.

—La noble causa que hemos venido á defender nos dará la victoria.

—La Providencia, que nunca nos ha abandonado, nos protegerá en esta expedicion.

Todos manifestaban grandes deseos de volver á aquella ciudad en donde habian permanecido ocho meses.

El caudillo de los españoles agradeció aquella nueva prueba de adhesion que le daban sus soldados, y en tanto que se disponia para la partida, tuvo una entrevista con Marina.

—Alma mia,—le dijo,—tal vez se aproxima el momento de realizar los propósitos que aquí me han traído.

La muerte del príncipe de Iztacpalapa me obliga á anticipar mi viaje á Méjico.

Guatimozin anda reclutando tropas para erigirse en emperador.

Trata de entablar amistad con todos sus vasallos con el propósito de arrojarnos de estos países.

—¡Ah! Yo te acompañaré, yo alentará con mi

ejemplo á los más cobardes, y no lo dudes, el cielo nos concederá la victoria.

—Es imposible que tú nos acompañes. La situacion en que te encuentras te imposibilita para arros-trar las fatigas de la guerra. Créeme, quédate aquí. Magiscatzin es un leal amigo, á su lado nada te faltará. Yo le hablaré, y en tanto que yo corro á pelear, estaré tranquilo respecto á tí.

Marina nada pudo oponer á la juiciosa determinacion de Cortés.

Despues de conferenciar este con Magiscatzin, convocó á los caciques y personas principales de Tlascalala Güexocinco, Cholulay Chalco, y se expresó en estos términos:

—Señores y amigos míos: ya sabeis la jornada y camino que hago.

»Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros.

»Lo que vos ruego delante de todos, es que esteis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habeis estado, y como de vosotros publico y confío; y por que no podria yo acabar tan presto esta guerra, segun mis deseos, ni segun vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que trateis á los españoles que dejo labrándolos con el amor que soleis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de vuestras cervices

el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa y hacer con el emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Igual acogida hallaron sus palabras entre los indios, que las pronunciadas en presencia de los españoles.

Dispuesto todo para emprender la marcha, hizo pregonar las ordenanzas de guerra, relativas á la disciplina del ejército, y que copiamos íntegras.

«Que no riñese un español con otro.

»Que no jugasen armas ni caballo.

»Que no forzasen mujeres.

»Que nadie tomase ropa ni cautivase indios, ni hiciese correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo delca bildo.

»Que no injuriase á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.»

Terminado este acto, el ejército se trasladó á bordo.

Los tequinas (D) del ejército indio le animaban con calorosas frases.

¿Qué habia pasado en Méjico desde la salida de los españoles?

Vamos á verlo en los capítulos siguientes.

Capítulo LXXXIX.

Donde se explica cómo murió el hijo de Motezuma, y se asiste al fin trágico de Ilbialbi.

Después de la batalla que tuvo lugar en la noche triste, recogieron los indios los cadáveres del hijo de Motezuma que se habia bautizado con el nombre de Juan, y del capitán español Velazquez de Leon.

Sabemos que el primero se le tributaron grandes exequias (E) y que el segundo fué llevado á un teocalli para ser quemado en aras de los dioses.

Litzajaya pasó largo tiempo contemplándole.

Antes de que los sacerdotes consumieran el sacrificio, le cortó la cabeza.

Deseaba conservarla, y como conocia las yerbas medicinales, se proponia, por medio de ciertos procedimientos, reducir su volúmen y evitar su descomposición.

La noticia de la muerte del hijo de Motezuma cundió con rapidez por Méjico, y el horror y la consternacion se pintaba en todos los semblantes.

Al trasladar á palacio al jóven hijo de aquel desventurado monarca, repuestos algun tanto de su primera impresion, acudieron muchos á verle por la última vez.

—¿Qué hemos hecho?—exclamaban algunos en medio de la mayor afliccion.—¡Dar muerte con nuestras propias manos á un descendiente de la familia imperial!

—¡Los dioses no pueden perdonarlos jamás semejante atentado!

—¡Nuestros pecados deben ser muchos, cuando han permitido que se consume tan horrible crimen!

—¡Grandes desventuras amenazan á nuestra patria!

La astuta india creyó que podia sacar partido para sus fines del pánico general, é inventó una fábula.

Se dirigió á palacio, y en presencia de cuantos allí habia:

—Mejicanos,—les dijo,—grande es la pérdida que hemos sufrido, inmenso el dolor que ha producido en todos; pero no por eso debemos temer, como vosotros suponeis, que los dioses estén enojados con los mejicanos.

—¿Qué dices?—preguntaron algunos con ansiedad.

—Digo que no somos responsables de su muerte, y que el causante de ella ya ha expiado su crimen.

Estas palabras tranquilizaron á los circunstantes.

—Pero ¿cómo sabes?...—preguntó uno.

—Escuchad.

Todos prestaron gran atencion.

—Como ya sabeis,—continuó Litzajaya,—yo me hallé en aquella sangrienta batalla, que tan funesta fué para nuestros hermanos. En lo más encarnizado de la lucha, cuando peleaba cuerpo á cuerpo con los extranjeros, cuando de cada golpe de mi macana caia á tierra un español é iba á precipitarse en lo profundo del lago junto al que se daba la batalla, oí unos ayes lastimeros que resonaron en lo íntimo de mi corazón.

Abriéndome paso con mi macana, que empuñaba en la diestra, y blandiendo un puñal en la siniestra mano, despues de haber dejado sembrado el camino de cadáveres, llegué hasta el sitio donde resonaban los gritos.

»—Me muero,—decia una voz espirante;—el extranjero me asesina. ¡Maldicion sobre los de su raza!»

Su respiracion se hacia cada vez más difícil, y comprendí que aquel niño acababa de espirar.

En medio de la oscuridad distinguí un bulto que se alejaba apresuradamente, y corrí en su seguimiento.

No tardé en darle alcance, y cuando lo hube conseguido, le dí un golpe tan formidable, que cayó en tierra. Despues hundí en su pecho el puñal.

Para mí no habia duda.

Aquel hombre que huia era el asesino del príncipe.

—¿Y ese hombre?...—preguntó uno.

—Ese hombre era el capitán español Juan Velázquez de León, terror de estos contornos, el que más villanías ha cometido, que más ignominiosamente ha ultrajado á las madres, á las esposas de nuestros hermanos. Un relámpago que iluminó el horizonte me permitió reconocerle.

Lo demás ya lo sabeis.

Yo me hallaba en aquella batalla, porque venia á pedir vuestra proteccion.

Mi esposo Naothael habia muerto.

Nazateotlan me arrebató el trono de Panuco, que me correspondia por la muerte del soberano mi esposo.

Se retiraron más tranquilos con estas explicaciones los asistentes á aquella escena, y Litzajaya quedó á solas con Quetlahuaca, príncipe de Iztacpalapa y á la sazón emperador de Méjico.

Entonces le habló de la manera que ya conocen nuestros lectores, y él la ofreció que la haria su esposa si conseguia destruir á los españoles.

Halagaba á Quetlahuaca unir á sus dominios la ciudad de Panuco.

Litzajaya le dió las instrucciones necesarias para cortar la retirada á los españoles.

Lo demás que ocurrió ya lo conocen nuestros lectores.

Al regresar la comitiva de las exequias del hijo de Motezuma, encontraron á un indio ahorcado de un árbol.

Era Ilbialbi.

¿Qué causas le habrian impulsado á cometer aquel crimen.

La explicacion era muy sencilla.

Ilbialbi habia ido á formar parte de las filas mejicanas, segun le habia aconsejado Hernan Cortés despues de la violenta escena que habia tenido con él, escena que habia presenciado Marina.

Un solo pensamiento le animaba: vengarse de aquella mujer que habia rechazado su amor.

En la batalla de la noche triste fué uno de los que pelearon con más furor, y aprovechándose de la confusion, logró penetrar hasta el centro del ejército de los españoles.

Sabia que allí debia estar Marina, y al descargar su brazo, en vez de herir á la hermosa india, quitó la vida al hijo de Motezuma.

Horrorizado de lo que acababa de hacer, cuando se apoderó del cadáver y reconoció al niño, le abandonó en el campo y corrió al bosque vecino, poniendo fin á sus dias de aquella manera tan trágica.

Al hallar el cadáver de Ilbialbi se hicieron por los de la comitiva diferentes apreciaciones.

Los que sabian lo adicto que habia sido Hernan Cortés, creian que el haber adoptado aquella determinacion habria sido por el remordimiento de haber abandonado á sus hermanos.

Los que sabian que el indio habia peleado en aquella ocasion por la independenciam de su patria, atribuian su muerte á la deslealtad de haber roto los lazos

con los españoles, á quienes consideraban como descendientes del gran Quetzalcoal.

Los teopixques explotaban aquel suceso, y las explicaciones que sobre él daban aumentaban más y más el terror de que todos se hallaban poseidos.

Pero la verdad es que desconocian la causa que le habia impulsado á darse la muerte, porque habian creido la falsa relacion que de la muerte del hijo de su anterior monarca les habia hecho Litzajaya.

Esto nada tiene de extraño.

¡Quedan tantos sucesos envueltos en el misterio!

Afortunadamente, el historiador descorre siempre una punta del velo para los lectores,

Capitulo XC.

La tela de araña.

Quetlahuaca era débil de carácter y muy supersticioso.

Dicho se está con esto que los teopixques ejercian gran dominio sobre él.

El que más influencia ejercia con él, el que le dominaba por completo, era Guacolando.

Los sacerdotes sabian la importancia que tenia Cholula como ciudad religiosa.

Deseaban que todos los templos fuesen trasladados á Méjico.

Si conseguian que el monarca accediese á esta peticion, serian verdaderos dueños del imperio, y en-